

Saludo¹



– Núria Farrés Martí –

Psicóloga. Psicoterapeuta. Maestra de educación especial. Coordinadora clínica del Centre Carrilet. Barcelona (España)

Te debates entre los nervios y la ilusión cuando quien ha sido uno de tus supervisores y maestros te invita a escribir el Saludo de la Revista *eipea*. Desde aquella propuesta de Josep Maria Brun, mi cabeza ha ido dando vueltas adelante y atrás, reviviendo recuerdos, recordando a niños, llevándome a recrear un viaje por todos los rincones de los 25 años trabajados en Carrilet, Centro Educativo y Terapéutico para niños con autismo y sus familias, ubicado en Barcelona. 25 años intentando aprender de un enigma que atrapa, que desconcierta, que desespera y que hace vibrar.

"¿Mi historia?" dice el protagonista sin nombre de Noches Blancas, de Fiódor Dostoievski. *"¿Quién le ha dicho a usted que yo tengo una historia? No tengo ninguna..."*.

"Entonces, ¿cómo ha podido vivir si no tiene usted una historia?", le responde Nástenka.

Recuerdo que leer este fragmento del libro me llevó a pensar que, en muchas ocasiones, las dificultades de los niños con los que trabajamos desembocan irremediabilmente en no poder tener una historia que proporcione la posibilidad de sentirse, de existir. Y uno de los retos más importantes es, creo, poder tejer esa historia. Encontrar un sentido, una explicación, un porqué. No es fácil construir un relato a partir de donde a veces sólo brota sensorialidad, caos y fragmentación. De donde nada parece tener sentido ni continuidad.

¿Cómo podemos vivir si no tenemos una historia? ¿Cómo podemos ser si no podemos construir un relato de quiénes somos, de qué nos pasa, de por qué hacemos lo que hacemos?

La Dra. Llúcia Viloca siempre nos ha transmitido la firme constatación de que, por muy raro que sea lo que nuestros niños nos muestran, todo tiene un sentido. Y que nuestro trabajo radica en pensar y significar la retahíla de actos no mentalizados que despliegan a su alrededor, dejando perdido y perplejo a quien lo observa. Recoger sus fragmentos, su forma extraña de protegerse del mundo (o de acercarse a él) y entender qué significa todo aquello. Transmitiendo que les podemos pensar, que les intentamos entender, que esperamos y desesperamos con ellos y que les proporcionamos palabras para hacer posible un relato de lo que da miedo o emociona tanto que no puede ser ni pensado. Coromines nos regaló su esquema psicopedagógico para intentar dar nombre al mundo sensorial y desmantelado del autismo.

Y ahora, pienso en Lúcia, a quien conocí el primer año de trabajar en Carrilet. Lúcia casi no hablaba; unas pocas palabras, que ni siquiera eran suyas, y que soltaba al aire; palabras que no parecían ir a ninguna parte ni ser dirigidas a nadie.

Sentí una y otra vez que tenía ojos angustiados que rehuían ver el mundo, aunque no siempre lo conseguían. Lúcia buscaba continuamente dureza. Dejaba caer todo el peso de los brazos sobre sus rodillas, que no dejaban nunca de estar amoratadas por la fuerza de los golpes que recibían. Y siempre procuraba estar sentada, realizando un balanceo seco y constante contra la pared para notar sobre su espalda el duro impacto de este movimiento. Era frágil, sensible y los cambios la rompían. Era mi primer año como maestra y su angustia me rompía también a mí. Sus gritos, sus golpes, su de-

¹ Traducción realizada por el Equipo *eipea* del original en catalán.

desesperanza por pequeñas cosas externas que a veces eran imperceptibles a mis ojos. Le dábamos nuestra presencia, acariciábamos de forma suave aquellas rodillas tan llenas de moratones, le frotábamos la espalda tan cargada de los golpes contra la pared. Intentábamos dar, a nuestras aproximaciones suaves, un cariz de firmeza que también pudiera sostenerla, para poder ir abandonando la necesidad de buscar en los golpes y la pared el ancla donde aferrarse.

Dentro del aula, teníamos el cuento de la Cenicienta. Un niño lo pidió y me puse a leerlo. Lidia estaba allí en su rincón, con la espalda bien pegada a la pared, balanceándose, lejos de cualquier voluntad de aproximación hacia nosotros. Aquella lectura terminó y el día también. Pasó una semana. Y una mañana, nerviosa por la despedida con su madre, entró en clase y me acercó ese cuento. La veía frágil e intuía que todo podía estallar en cualquier momento. El libro era largo y yo estaba nerviosa. Sabía que aquello podía acabar mal. Lo leí, pero iba resumiendo las páginas y me saltaba muchas de ellas para abreviar el relato del cuento.

En un momento, sin embargo, dio un grito y dijo: “¡¡¡¡los pajaritos!!!!”.

¿Qué quería decir? No sabía a qué se refería... y ella empezó a pegarse, a gritar y a desesperarse. He recordado siempre ese momento. Costó calmarla y yo quedé emocionalmente exhausta y muy triste.

Y por la tarde me llevé el libro a casa. Y me lo leí de arriba a abajo.

Llegué a un fragmento en el que el hada le regalaba un traje a Cenicienta para ir al baile y conocer al príncipe. Al saberlo las hermanastras, corrieron a su habitación y le arrancaron y rompieron el traje. Pasé página y la Cenicienta lloraba y lloraba con su vestido rasgado, hasta que unos pajaritos

mágicos entraban por la ventana y con sus picos empezaban a coser todos aquellos desgarros, retornando a Cenicienta un traje aún más bonito. Allí estaban dibujados... los pájaros que cosían los trocitos rotos de la desesperada Cenicienta..

Pienso que esto es lo que he aprendido a lo largo de todos estos años. Parar, observar, dejarnos impactar sin perder la posibilidad de seguir pensando y entendiendo. Recoger los desgarros. Cuidar el caos y darle algún sentido. Coser, como aquellos pájaros, sus fragmentos rotos ayudándoles a construir una historia que les dé la posibilidad de ser.

Gracias a Lidia por enseñarme la importancia de ser pájaro. Y gracias a la Revista *eipea* por haberme dejado poner palabras a esa historia tan mía de hace 25 años. ●